

Ten en cuenta que...

Todo cuanto nos rodea está en cambio. También nosotros debemos cambiar. A cada momento cuanto nos sucede y vivimos nos llama a salir de nuestra zona de confort para vivir en una nueva tierra que, aunque nos someta a prueba y nos genere inseguridad, también sacará de nosotros lo mejor. Es la esencia de la vida y también de la fe: salir de uno mismo, de sus comodidades, cambiar, convertirse... **o, como nos dirá ahora el evangelio, nacer de nuevo.** Si permanecemos en nuestros esquemas, si no nos abrimos a lo nuevo que siempre nos trae Dios, nos aviejamos, nos quedamos estancados o, peor aún, como en unas aguas movedizas, sentimos que la vida nos traga. El Espíritu Santo nos saca de nuestras tierras para llevarnos a la Vida con mayúsculas donde habita el Señor.



Dios nos cuenta

Había un fariseo llamado Nicodemo, jefe judío. Este fue a ver a Jesús de noche y le dijo: «Rabí, sabemos que has venido de parte de Dios, como maestro; porque nadie puede hacer los signos que tú haces si Dios no está con él». Jesús le contestó: «Te lo aseguro, el que no nazca de nuevo no puede ver el reino de Dios». Nicodemo le pregunta: «¿Cómo puede nacer un hombre, siendo viejo? ¿Acaso puede por segunda vez entrar en el vientre de su madre y nacer?». Jesús le contestó: «Te lo aseguro, el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el reino de Dios. Lo que nace de la carne es carne, lo que nace del Espíritu es espíritu. No te extrañes de que te haya dicho: "Tenéis que nacer de nuevo"; el viento sopla donde quiere y oyes su ruido, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo el que ha nacido del Espíritu».



[Jn 3, 1-8]

¿Qué me cuentas?

*Había una vez un árbol. Y el árbol amaba a un niño y el muchacho venía todos los días y cogía sus hojas. Y con ellas hacía coronas e imaginaba ser el rey del bosque. Y el muchacho amaba muchísimo al árbol. Y el árbol era feliz. Pero el tiempo pasaba y el muchacho crecía. Y el árbol, con frecuencia, estaba solo. Un día el muchacho pidió al árbol dinero, y este le dio sus manzanas para que las vendiera en el mercado de la ciudad. Y el árbol fue feliz. Otro día el muchacho volvió y se llevó sus ramas para construir una casa, y el árbol fue feliz. Años después, la poca madera que quedaba se la dio para fabricar un barco, de modo que pudiera ir lejos y prosperar. Y el árbol fue feliz. Cuando al cabo de muchos años volvió, ya no era el muchacho joven, sino un anciano con poco que esperar. El árbol le dijo entonces: **“Bueno, siéntate. Un viejo tronco solo sirve para asiento y descanso”**. Y el muchacho, ya viejo se sentó y descansó. Y el árbol, que lo había dado absolutamente todo, fue feliz, feliz, feliz.*

Cuento anónimo, “el árbol generoso”

¡Te cuento más!

Un amor incondicional y profundo es lo que nos muestra este cuento. Cuántas veces hacemos cosas insignificantes desde nuestro punto de vista y no somos conscientes de que estamos haciendo feliz a alguien. Una sonrisa o un abrazo en el momento indicado pueden suponer un momento de salida y felicidad. Tenemos que saber dar lo mejor de nosotros mismos, siempre habrá alguien que nos necesite, hagamos felices a los demás. Aunque a veces nos equivoquemos y nos desviemos del camino, Dios siempre nos espera con los brazos abiertos, seamos nosotros un reflejo de Él. Cada uno tenemos que ofrecer lo mejor e nosotros mismos y estar a la entera disposición de lo demás como Jesús nos enseñó. ¡Hagamos felices a los demás!



*María Ureña,
Catequista de Confirmación*